

El ladrón rebelde

Para nosotros - hombres del siglo XXI - es casi imposible imaginar lo que era una crucifixión. Hemos nacido viendo representaciones de Jesús en la cruz y todas nuestras imaginaciones de la crucifixión pasan por ese filtro del respeto, de la grandeza de esa tortura.

Queramos o no, asociamos a la idea de toda crucifixión la imagen del gran triunfador. Para los mismos incrédulos de hoy la cruz es un símbolo religioso antes que una tortura real. Hemos despojado a ese espanto de buena parte de su horror y de su realismo, idealizada la cruz por miles de pinturas piadosas.

Los dos ladrones. Sin embargo allí no había otra cosa que un brutal realismo de carnicería, sangre y gritos. Gritaban los dos crucificados con él. Solemos olvidarles, como parece que les habían olvidado quienes centraban sus insultos en Jesús. Pero ellos no eran allí simples comparsas. Vivían su muerte a la vez en soledad y compañía.

Quienes eran estos dos hombres, no lo sabemos. En torno a ellos han tejido cientos de leyendas. Se les han atribuido docenas de nombres - Dimas y Gestas son los más comunes. Pero nada sabemos con verdadero peso histórico. Desconocemos también las culpas por las que fueron condenados. Probablemente eran simples ladrones, salteadores de caminos.

Pero, fueran quienes fueran, iban a convertirse en la cruz en símbolos del destino humano. El sufrimiento lleva a los hombres a opciones radicales y, con frecuencia, opuestas. Puede liberar a las almas, puede también revolucionarlas. Hay - como dice un teólogo - "cruces de blasfemia y cruces de paraíso".

Sobre la colina del Calvario las tres cruces parecen

El ladrón rebelde. "Uno de los malhechores crucificado, insultándolo, le dijo: Así que tú eres el Cristo. Entonces sálvate tú y sálvanos también a nosotros." ¿Qué encerraban estas palabras? Mucho de ironía y sarcasmo, mucho de cólera y violencia. ¿Quizá también algo de secreta fe y esperanza? Había oído a quienes insultaban a Jesús; escuchaba cómo le llamaban Mesías; había podido leer el título que, sobre su cabeza, le proclamaba rey, aunque fuera de burlas. Y, en su grito, se mezclaba el insulto con un rastro de esperanza provocadora; la blasfemia, con esa secreta y absurda raíz de fe que encierra toda blasfemia.

¿De dónde brotaba la cólera de este hombre? Había transcurrido su vida fuera de la ley, en permanente rebeldía contra unas estructuras que juzgaba malvadas. Pero ahora estaba atrapado, sin esperanzas de evasión, clavado en una cruz. Sabía que había perdido definitivamente la partida. Y la rabia le invadía. Rabia contra el mundo, contra sí mismo, contra todo lo que le rodeaba. Si al menos este hombre crucificado junto a él tuviera una salida. ¿Y si los que le insultaban estuvieran equivocándose? ¿Y si tuviera verdaderamente la posibilidad de bajar de la cruz y vencer a sus enemigos? Se agarraba quizás a ese último resto de esperanza. Tal vez - pensaba - este hombre podía y estaba perdiendo su ocasión. Quizás este crucificado seguía atado a absurdas ideas místicas y perdía su vida, lo único que importaba. Por eso le gritaba, provocándole, odiándole.

No sabemos qué especie de rebeldía habitaba el alma de este hombre. Pero sí que, en todo caso, pasó junto a la salvación sin descubrirla: o porque buscaba una pequeña y transitoria salvación de la muerte física; o porque su cólera le hacía ver imposible toda salvación.

¿Entró así en la muerte? ¿Se quedó para siempre